



DIALOGO EN EL TEMPLO

Por Anthon OBESO

Las ramas crujen retorcidas por el fuego. Las llamas lamen el puchero donde se calienta el café. Los rostros de las personas que rodean la fogata adquieren destellos fantasmagóricos en la oscuridad de la noche. El búho se adivina en la espesura del bosque mientras los insectos y roedores harán tiempo que habrán desaparecido huyendo del ave nocturna. Y la luna derrama su bendición.

—Ha sido hermosa.

—¿El qué?

—La puesta de sol.

—Sí, ha sido muy hermoso.

La llama crepita en el aparente silencio del bosque asustando, quizá, a musarañas y lirones.

—El café ya está.

—Huele muy bien.

—Está bueno, sí, está bueno.

Ligeras ráfagas de aire mecen delicadamente las ramas en los árboles. Y la luna parece estremecer de placer.

—Son cosas que no se pueden olvidar.

—Así es.

Una lagartija se mueve nerviosa escurriéndose entre las hendiduras de la corteza arbórea. Busca el sosiego. Busca el sueño en deseos, quizá, de una eterna inmovilidad. A una cierta distancia como puntitos luminosos pareados,

posiblemente gazapos escapados de sus madrigueras curioseando insólitas novedades.

—Recuerdo que...

A veces parece que la atmósfera se dilata con el murmullo del riachuelo lejano. Es el canto del agua que corre sobre la tierra. El canto de la lluvia es distinto. Y ahora no llueve.

—Son añoranzas.

—Es posible. Es posible que sean añoranzas. Es posible.

—Sí, creo que sí.

—Es posible.

—Siempre, todo es añoranza.

A la noche no hay caminos en el bosque. Nada conduce a lugar alguno. Pero es posible el cobijo.

—Y en la montaña hay añoranza.

—La montaña está henchida de nostalgia.

—Pienso que en la montaña es donde nos ponemos en el más puro contacto con la naturaleza.

—Con la tierra y el aire.

—Con el sol.

—Con el viento.

—Con la lluvia.

—Con nosotros mismos.

—Creo que en la montaña no es donde está la nostalgia. La nostalgia la llevamos nosotros, pero es en la montaña donde con más intensidad la sentimos.

—Sí. Pero esto sólo es así cuando vamos a la montaña con humildad, lo más desprendidos posible.

—Cuanto más desprendidos más intensamente viviremos la montaña, más elevada será la emoción.

—Pero hoy hay mucha gente que viene a la montaña sin humildad.

—Sí. Vienen en grandes grupos, como en manada. Aturdiéndose los unos a los otros con sus voces. Con sus transistores. Pisando con las ruedas de sus automóviles los campos, queriendo ir más allá de los caminos asfaltados. Ensucian la montaña con residuos, latas y papeles.

—Profanan la montaña.

—Es que vienen huyendo.

—Y es un error. Un gran error.

—Es un pecado.

—Vienen huyendo de la sociedad que han creado.

—Y vienen, también, huyendo de sí mismos.

—Porque se avergüenzan.

—Y no quieren verse como son.

Las brasas chispean las últimas lumbres. El graznido de la lechuza emerge desde la lejanía. Los animalejos cantan con estridencia su nocturno, lamentándose o alegrándose de su existencia. Y en la templada noche se presiente la pasión rezumar en la vida del bosque.

—Lo que pasa es que sentir la añoranza es muy duro. Duele.

—Es natural.

—¡La difícil cita con la llamada!

—Por eso la gente trata de eludir.

—Pero no existe otro camino.

—Es el único.

—Así es.

Los hombres hacen su silencio, recogidos en sí mismos. Sumergidos en lo profundo de sus almas. Silencio. El ambiente preñado de misterio parece asirse a quietudes de eternidad. Y la paz se posa en la intención.

Un anuncio llegado de lejanas latitudes invita a la vigilia y promueve expectación. Extrañas, y al principio difusas, líneas van marcando paulatinamente el entorno hasta delimitar proyectos de creación en la sombra. La nota grave y larga de la brisa mañanera despereza a los bichejos que se escurren por el musgo y los helechos. Y los rayos del sol penetran entre los árboles desflorando la penumbra.

—Es hermoso.

—Sí, es hermoso.

—Es inevitable.

—Así es.

Y los hombres comienzan su andadura por la alfombra de pinocha.

